

No se han acabado las buenas almas.

Otro amigo desconocido, como aquellos tres de Minatitlan, me ha enviado de Méjico un libro recién salido de la imprenta.

Mal papel, mala impresión, malos versos... Claro es que el libro ni material ni moralmente vale tres ochavos; mas para mí, en las presentes circunstancias, es pieza de Rey, como suele decirse.

Titúlase: «*Libro nacional de lectura, arreglado por Adalberto A. Esteba y Adolfo Dublán; obra aprobada por el Consejo superior de Instrucción pública para servir de texto en las escuelas municipales y nacionales...*», donde seguramente aprenderán buenas cosas los pobres alumnos.

Verdad es que en todas partes cuecen habas. Porque también acá, donde no hay textos obligatorios y donde los catedráticos aficiona-

dos á lo ajeno pueden libremente ejercer su industria y apoderarse del dinero de los padres de los estudiantes por medio del timo de los perdigones... digo, de los libros inútiles, hay, sin embargo, una excepción, y es texto obligatorio en las escuelas el *Epítome de la Gramática de la Academia*, que es el peor de todos los epítomes que se han escrito.

Como que la *Gramática de la Academia*, de donde está sacado, tiene disparates de este calibre:

«Es singularidad, no sólo de nuestra lengua, sino de otras, dar á ciertos animales para ambos sexos un solo nombre...» (1).

¡Singularidad, no sólo de nuestra lengua, sino de otras!... ¡Y singularidad!

Entre los treinta y seis académicos no hay uno, por lo visto, que sepa lo que es singularidad.

Así sale la gramática.

Y si ésta es la *Gramática* fundamental de la Academia, ¡qué tal será el *Epítome*, declarado texto obligatorio para los niños!...

En fin, esto ha sido obra del señor Moret, á cambio de la cual la Academia le recibe en su seno, y pata.

Aunque sea de gallo.

(1) Textual. *Gramática de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Edición de 1890, pág. 9, al fin.

Pero volviendo al *Libro nacional de lectura*, es de saber, además de lo dicho, que está dedicado al presidente de la República y al ministro de Justicia é Instrucción; que la mitad es prosa y la mitad verso, y que de esta segunda mitad ocupan la primera parte los poetas muertos, y la segunda los poetas vivos.

«Dejemos á los muertos en reposo»,

como dijo Zorrilla, y vamos á ir poniendo en solfa los versos de los vivos, comenzando por los del más afamado de todos, Guillermo Prieto.

Tiene á este viejo progresista en gran veneración la patriotería mejicana, que le enloquece, llamándole *maestro* á boca llena, y coronándole en vida.

Los arregladores del *Libro nacional de lectura* también le dan muchísimo incienso, calificándole de poeta el más popular del país y hasta de *Homero* (¡¡¡ !!!) de la *Iliada* de la reforma.

Y sin embargo... ¡ya verán ustedes qué Homero!

A la medida de la *Iliada*.

Comienza el viejo revolucionario llamando *romance* á una composición que luego resulta escrita en octavas reales... ó federales, pero octavas al cabo.

Y la llama *romance* de don Nicolás Brabo, en

lugar de decir á don Nicolás Brabo; porque de quien es el *romance* es del señor Prieto.

Y dice así:

«Sobre la playa de la mar Oriente...»

¡Hombre! Al primer tapón... ¿la mar Oriente?...

Será la mar de Oriente ó la mar Oriental...

¿Ha oído el señor Prieto decir alguna vez: la tierra Poniente ó la tierra Mediodía?

A bien que lo habrá puesto así para gozarse en la armonía que forman juntas las dos palabras... *maroriente*.

Vamos á ver cómo sigue:

«Sobre la playa de la mar Oriente
Se ostenta Medellín; *extenso* río
Retrata *manso* su *apacible* fuente...»

Extenso... manso... apacible. En verso y medio tres epítetos.

Pero hay que volver á empezar.

«Sobre la playa de la mar Oriente
Se ostenta Medellín; *extenso* río
Retrata *manso* su *apacible* frente
De la arboleda entre el ramaje umbrío:
Un tiempo vive, y al placer *ardiente*
La juventud entrega su albedrío;
Pero pasa el placer y queda *muerto*
El *pueblo* en *medio* al arenal *desierto*.»

Tres asonantes en este verso último, y el *muerto*, que queda al fin del anterior, cuatro.

¿Y qué querrá decir con aquello de *un tiempo vive*?

Para quedar muerto, claro es que tenía que haber vivido un tiempo.

Otra *octava* del *romance* de don Guillermo Prieto, ó de don Nicolás Brabo, como él dice:

«Brabo á quien el Palmar *vió victorioso*,
Con la frente ceñida de laureles,
Del pueblo *amante* y de su honor *celoso*...»

¿Del honor de quién? ¿Del pueblo, ó del mismo Brabo?

Porque era bueno saberlo...

Ya que el Palmár *vió victorioso*, siquiera que supiéramos de quién son las cosas...

«Brabo á quien el Palmar *vió victorioso*,
Con la frente ceñida de laureles,
Del pueblo *amante* y de su honor *celoso*
Custodia al puerto con sus tropas fieles
Tal Morelos lo ordena *cauteloso*
Para escarmiento de realistas *cruels*...»

¡Usted sí que es cruel!... O á lo menos *cruel*, como usted dice, ó hace que se diga.

¿Le parece á usted poca crueldad pensar de ese modo ese pobre adjetivo para reducirle á dos sílabas?...

Y luego, ¿por qué manda usted al pobre don Nicolás custodiar *al* puerto?...

Se disculpará usted diciendo que «*tal* Morelos lo ordena *cauteloso*;» pero eso no es disculpa, porque Morelos ordenaría custodiar *el* puerto y no *al* puerto.

A no ser que supiera tan poca gramática como usted; y entonces ¿de qué le servía ser *cauteloso*?

«Tal Morelos lo ordena *cauteloso*
Para escarmiento de realistas *creles*,
Y Brabo espera en *aparente* calma
De *nuevas glorias* obtener la palma.»

Bueno, pues que espere en *aparente* calma...
Otra octava:

«¿Mas por qué silencioso?...»

¡Toma! Pues porque espera en *aparente* calma. ¿No acaba usted de decirlo?

Si esperara gritando, ya no esperaba en calma, ni aun aparente.

«¿Mas por qué *silencioso*, por qué *inerte*
El adalid se mira y *confundido*?»

¡Ah! ¿Confundido además? Creíamos que ya no le iba usted á llamar más que *silencioso* é *inerte*...

Y sigue usted preguntando:

«¿Es este el *Brabo* espanto de la muerte?

¿Es este Brabo el guerreador temido,

Que hizo su esclava á la voluble suerte?...»

Eso, usted lo sabrá, si es ese. ¿A quién se lo pregunta usted?...

Yo lo que sé es que ese último verso es bastante malo, porque eso de *su esclava á la voluble, es-cla-va-la-vo-lu-ble*... es bastante feo y bastante difícil de decir.

Y continúa usted:

«Luto es su frente, su mirada llanto...»

¡Qué par de imágenes más monas!

Otra octava:

«Alumbra amarillenta una bujía

En su mesa la letra de Morelos...

En que el caudillo *ilustre* le decía:»

¿En una *letra* le decía?... ¿Era letra de cambio?...

Más bien sería una *carta*; y aunque los franceses la llamen *lettre*, en castellano no se dice así.

«Alumbra amarillenta una bujía

En su mesa la letra de Morelos

En que el caudillo *ilustre* le decía:

«Tu padre don *Leonardo* está en los cielos;

Fué digno de la patria en su agonía,
Y *acaba* prodigándole consuelos,
¡Cual si al poder humano dado fuera
Consienta el hijo que su padre muera!...»

¡Y á esto lo llaman poesía!...
¡Y al autor de estos prosáicos zurcidos lo
llaman *Homero* los mejicanos!...
«Dado fuera consienta el hijo...»
Aun como prosa no está bien.
Y como verso endecasílabo,

«Tu padre don *Leonardo* está en los cielos,»

también es de primera.
Y sigue:

«*Vidrioso* el ojo, trémulo el acento,
La voz *desbaratándose* en gemidos,
Sólo con su orfandad y su tormento
Devorando sollozos *comprimidos*...»

¿En qué quedamos? ¿Se desbarataba la voz
en gemidos, ó comprimía y devoraba comprimidos los sollozos?

Porque las dos cosas no se armonizan muy bien, que digamos.

Lo de la voz «desbaratándose en gemidos,» da á entender que lloraba á gritos como un loco; mientras lo de que «devoraba sollozos comprimidos,» parece significar que sufría su

dolor en silencio, dejando escapar solamente algún sollozo medio ahogado.

Hay que pensar lo que se escribe; porque, si no, le llaman á uno... *Homero* en seguida.

«A veces se fijaba... y en el viento...»

¿Se fijaba y en el viento? ¿Y qué falta hacía la y?...

Es que no quiere decir lo que á primera vista parece. Quiere decir que á veces se *fijaba*, sin manifestar en qué ni en dónde. Lo que sigue ya es otra oración.

«A veces se fijaba... y en el viento
Se figuró escuchar *ecos queridos*...»

Ecos queridos... *ecos que*... ¡qué dureza!
Y luego, se *fijaba* y se *figuró*.
¡Qué anarquía!
Y después:

«*Creencia* en lo misterioso y lo invisible.»

Lo cual, para que sea verso, hay que comerse una sílaba de la *cre-en-cia*, que tiene tres, y decir *crencia*.

«Accesos de furor, lloros de niño,
El alma codiciando el imposible,
Recuerdos *adorados* de cariño,

*Creencia en lo misterioso y lo invisible,
Ensueños de la albura del armiño
Juntos á lo sangriento y lo terrible,
Todo fué presa del dolor ardiente...*

Este *todo* cree uno al principio que es el conjunto de títeres amontonados en la octava, los accesos, los lloros, el imposible, los recuerdos, la creencia, lo invisible, lo misterioso, el armiño, los sueños, la albura, lo terrible, lo sangriento... Pero luego resulta que es don Nicolás.

«Todo fué presa del dolor ardiente.
¡Ay! ¿Qué será de tí, pobre demente?»

¿Qué será de nosotros, digo yo, que tenemos que devorar todos los ripios que á don Guillermo se le ha ocurrido poner en su canto á don Nicolás Brabo?

El cual

«Fija un momento la mirada incierta
En un papel...»

¿Otro papel tenemos? ¿O es el mismo? Me parece que va á ser otro...

«Fija un momento la mirada incierta
En un papel que apenas asomaba
Por un rasgón formado en la cubierta...»

¿Qué cubierta ni qué niño muerto? Se llama el sobre.

Y luego *apenas asomaba, sa-so*, por un rasgón formado... Los rasgones no son formados...

«Fija un momento la mirada incierta
En un papel que apenas asomaba
Por un rasgón formado en la cubierta;
Le abre, le mira y...»

¿Qué abre, qué mira? ¿El rasgón?... Creo que no, que será el papel; mas será porque el autor quiera, y no por otra cosa.

«Le abre, le mira, y al leer temblaba
Lo que su mente á descifrar no acierta.»

Aquí hay otra sorpresa de las que tanto abundan en los versos de *Homero*... el de la Iliada de la reforma.

Leyendo «le abre, le mira, y al leer temblaba», cree uno que temblaba materialmente, que se estremecía don Nicolás.

Pero luego resulta que no temblaba, sino que tenía lo que su mente á descifrar no acierta. Que es lo que sigue:

«Inflexible Morelos le ordenaba
Ejecute á trescientos prisioneros
Que cual rehenes guardan sus guerreros.»

Y que cual ripios coloca el poeta al fin de una estrofa cuyo sentido estaba ya completo, si es que le tenía, con decir prisioneros.

Pues claro es que, si los prisioneros van á ser ejecutados, se han guardado hasta entonces. Si no se guardaran, si se les hubiera dado libertad, no sería fácil ejecutarlos, ni aun por orden de Morelos *el inflexible*, como antipoéticamente le llama el Homero progresista.

Y luego le ordenaba *ejecute...*

¡Qué... *homeridad!*

«Feroz, tremenda, al bárbaro coraje
Se presenta *sonriendo* la matanza...»

Otro verbo comprimido. ¿Dice usted «yo *son-rio?*» Pues no diciendo así, tampoco se puede decir *son-rien-do*, sino que de *son-rí-o* se dice *son-ri-en-do*.

«Feroz, tremenda, al bárbaro...»

¡Qué chaparrón!

«Feroz, tremenda, al bárbaro coraje
Se presenta *sonriendo* la matanza
Para lavar el *furibundo* ultraje;
Y pues consuelo el corazón no alcanza,
El opio *venga* del placer *salvaje*
Que le brinda al despecho la *venganza...*»

Venganza, venga... Y sin embargo, no cream

ustedes que *venga* es del verbo *vengar*, es de *venir*; y está muy mal empleado así tan cerca de la *venganza* con significación tan distinta.

«¡Sangre por sangre! grita. Esta es la suerte.»

La mala suerte, porque eso de *sangre grita, gre-gri*, es muy áspero.

«Al alumbrar...»

¡Buen principio de semana, ó de octava!
Al-al...

«Al alumbrar la aurora venidera—
Dice—que todos *sin piedad* espiren.»

¡Hombre, no! ¿Por qué han de espirar *sin piedad?* ¿Quién es el general, ni quién es el poeta, para disponer que espiren *sin piedad* los prisioneros, si ellos quieren espirar *piadosamente?*...

¡Bah! el señor Prieto puso *sin piedad* por llenar el verso, y quiso atribuir esa circuns-tancia al ejecutor, no á las víctimas. Pero como en lugar de emplear un verbo transitivo, por ejemplo, sean fusilados ó sean degollados, empleó el intransitivo *espirar*, del cual son sujetos los prisioneros, resultó la *modificativa sin piedad* afectando á estos infelices.

Para escribir, aun los Homeros necesitan saber algo de sintaxis, conocer el idioma.

Y continúa prosáicamente el *romance*:

«Conduce el mensajero la orden *fiere*,
Manda que de su estancia *se retiren...*»

Ustedes creerán que el que lo manda es el mensajero; pero no: es el general.

«Manda que de su estancia se retiren
Los de su guardia, y á la *luz espera*,
Y ha *prohibido severo que le miren...*»

¡Hombre! Qué prohibición, ó qué *privición*
más estupenda...

«Y ha *privido* severo que le miren...»

¡Qué tonterías dicen los que quieren parecer poetas y no lo son!...

«Y ha *privido* severo que le miren,
Porque el dolor *terrible* le sofoca
Y tiene miedo *de su mente loca...*»

¡Ah! ¡Y porque tenía miedo de su mente,
prohibió que le miraran los demás!...

¿Qué culpa tenían los de la guardia de las locuras que pudiera perpetrar la mente de don Nicolás Brabo?

Y ha prohibido severo que le miren, porque... tiene miedo de su mente loca...

No lo entiendo.

En seguida, y sin explicación alguna, se lee:

«No, no perecerán: ¿daré la vida
Al padre á quien adoro con que sea
Del mundo mi memoria maldecida?»

Y en seguida, también sin explicación y hasta sin puntos suspensivos, dice:

«¿Pero yo permitir que el mundo vea
Sin castigo la saña *aborrecida...*
Del que en este martirio *se recrea?*»

¿*Aborrecida*, de quién? ¿Del que en este martirio, etc.?... Creo que no.

¿Y quién es ese que en este martirio *se recrea*? Porque hasta ahora no ha salido.

En fin, el caso es que don Nicolás vacila, tiene mil cuidados; pero el señor Prieto no sabe pintar los cuidados y las vacilaciones de don Nicolás de modo que se entiendan y resulten verosímiles, naturales.

No sabe más que prosear de este modo:

«Mirando estoy, ¡oh padre! tu cabeza
Que acaricié mil veces *con mis manos*,
(¡No, que sería con los pies!)
Con *reverencia amante* y con *terneza*
Viendo estoy á tu lado á mis hermanos...»

¡Qué familiar!

Luego nos cuenta que:

«Así luchando en íntima fatiga
La noche fué pasando...»

Claro.

«Así luchando
La noche fué pasando...»

Estos consonantes dentro de los versos tienen mucha gracia.

«Así luchando en íntima fatiga
La noche fué pasando hora tras hora,»

que es como pasan todas las noches.

«Así luchando en íntima fatiga
La noche fué pasando hora tras hora;
El profundo dolor nada mitiga;
Por fin, despliega tímida la aurora...»

Por fin... como decía *La Correspondencia*, igualmente prosáica que el señor Prieto...

«Por fin, despliega tímida la aurora
Entre blancos celajes luz amiga
Y á la alta cima de los montes dora...»

¿Qué ha de dorar á la alta cima? Dorará la alta cima.

«Todo está listo ya, dice un soldado
(¡Ay, qué despreocupado!)
Y Brabo sale de su estancia armado.»

¿Sin haber levantado la prohibición de mirarle?...

Por fin, como dice en verso el señor Prieto, el bueno de don Nicolás perdona á los prisioneros, y su cantor zurce la octava final, poniendo en ella los trapos más lujosos de su tienda.

Véase la obra.

«La augusta libertad sublime brilla
Derramando doquier sus ricos dones
(Do-do... ¡qué conjunciones!)
El llanto que bañaba la mejilla
De los de Brabo fuertes campeones
Es derrota del trono de Castilla.
Y rebosando amor los corazones
De los testigos de tan alta gloria
A Brabo immortalizan en la Historia.»

¿Quiénes son los que le immortalizan? ¿Los testigos? No puede ser, porque no figuran en la oración sino en genitivo, incidentalmente, como dueños de los corazones.

¿Los corazones?...

Sea de ello lo que quiera, lo que se puede asegurar es que á usted, señor Prieto, no le immortalizarán sus versos.